



ALMUDENA MOGICA

El eco
de lo que
fui

Platero
COOLBOOKS 

Título: El eco de lo que fui

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Almudena Mogica.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2732-2025

ISBN: 979-13-87720-40-7

A mi maravilloso y querido hijo, Lucas.

*A mi amado esposo, gracias por acompañarme y apoyarme en
todas y cada una de mis locuras.*

*A mi abuela, la mujer más fuerte, dura e inquebrantable que he
conocido; porque mientras te siga pensando, nunca te habrás ido.*



Índice

Capítulo I Cuando todo brillaba	13
Capítulo II La calma antes del temblor.....	27
Capítulo III Tormenta del corazón	37
Capítulo IV La calma que no llega.....	45
Capítulo V Lo que se revela en silencio.....	65
Capítulo VI Nuevos comienzos.....	75
Capítulo VII Cimientos de amor.....	85
Capítulo VIII Y la vida dijo sí.....	95
Capítulo IX Despertando del sueño.....	105
Capítulo X Un viaje hacia nosotros.....	115
Capítulo XI El precio de un sueño	131
Capítulo XII Y el suelo volvió a ceder	157
Capítulo XIII Brotes que resurgen	173
Capítulo XIV Hacia la última orilla	185
Agradecimientos.....	193



Prólogo

Miro por la ventana mientras el agua resbala por los cristales. A pesar del calor sofocante, la lluvia ha querido formar parte de este día. Observo cómo las gotas caen lentamente, como si acariciaran el vidrio. Antes, esta imagen me producía sentimientos tan bonitos: calma, serenidad... e incluso me hacía respirar hondo. Aunque las ventanas estuvieran cerradas, podía oler la calle, ese aroma único, ese petricor, que solo percibimos cuando llueve. Pero ya todo eso se acabó, hace tiempo que mis sentimientos están dormidos. Y te preguntarás, ¿por qué?, ¿desde cuándo?, ¿cómo comenzó? Si tienes las respuestas, por favor, házmelo saber, porque estas mismas preguntas son las que cada día me hago en mi cabeza.

El agua sigue cayendo, sigo mirando a ver si algo se despierta en mí, pero nada, no hay absolutamente nada, de pronto entra un cliente y todo cambia, salgo de esa nada para entrar en modo automático, como si fuera un robot, saludo con una sonrisa (por supuesto, una que no siento), soy amable, le pregunto cómo está y qué tal el día (honestamente, en estos momentos no me interesa) y soy empática y amable con lo que contesta, todo en modo encendido por sí solo, como quien da a un interruptor y activa el mecanismo. Mantenemos una breve charla, le sirvo lo que me pide y se va absolutamente contento y feliz; en cambio, yo vuelvo a mi ser, pero sintiendo que una pequeña parte de mí se ha consumido, porque la realidad es que cada vez que antepongo

las necesidades de los demás a las mías, la poquita luz que me queda, se va apagando cada vez más.

El sueño de mi vida era ser empresaria, crear mi propio negocio, una pequeña cafetería donde no solo se sirviera el café de cada día, sino un espacio para las personas. Un lugar donde supieras que venías por una conversación, un momento de conexión humana más allá de las pantallas. Un rincón en el que, quizás, encontraras ese libro que nunca pensaste leer, pero alguien dejó en nuestra estantería, llevándose otro a cambio. Una cafetería diminuta, pero que los clientes harían grande. Un lugar tan personal que, al entrar, sintieras que volvías a casa. Este fue el gran sueño de mi vida, y al final, después de haber estudiado dos carreras y un máster, decidí que por fin era el momento; sin saber que mi gran sueño se convertiría también en mi gran perdición.

Cada día me levanto, de lunes a viernes, cada mañana lo mismo. Tal y como despierto, me tomo el café —lo necesito— y comienzo. Despierto a mi hijo y mi esposo. Preparo la ropa del niño, la mochila y el desayuno que llevará al colegio; hago las camas y recojo lo que dé tiempo. Me ducho, me visto y salgo para levantar la persiana, empieza la mañana casi como acaba. Llego a casa, comemos, recojo la mesa, lavo los platos y con treinta o, con suerte, cuarenta minutos para descansar, vuelta a abrir la persiana para terminar la tarde como termino la mañana; vuelta a casa, a cenar y a dormir. No da tiempo de mucho más, mañana vuelta a empezar.

¡Guau! Llega el sábado. ¡Qué alegría, algo diferente! Puedo levantarme un poco más tarde, no tengo que prepararnos para el cole. Me ducho, me visto, abro la persiana... y la cierro sobre la una. Me despido del local hasta el lunes.

¿Y qué me queda? Pues día y medio para ir a hacer la compra y descansar, aunque no demasiado, porque hay un niño de nueve años que necesita salir, moverse, vivir.

Mientras tanto, yo, una mujer de cuarenta y tantos,

agotada de toda la semana, solo quisiera pasar un domingo entero tirada en la cama o en el sofá.

Quién me ha visto y quién me ve, yo, la gran Isabella, la que decía que no tendría hijos. La Isabella que su marido miraba como si fuera un fenómeno único, porque su historia de vida parecía contener tres vidas en una. Esa Isabella que vivía cada día al máximo, cada día era un acontecimiento y rara vez un día era igual a otro. En cambio, ahora cada día es igual al siguiente y lo más divertido que me puede ocurrir es que mi hijo tenga alguno de los miles de eventos sociales, cumpleaños, quedadas, fiestas del cole... y alguno de ellos caiga en sábado por la tarde o domingo y yo pueda acompañarlo. De ese modo, poderme relacionar con gente que, aunque me caen genial, tienen el hándicap de que son los padres de los amigos de mi hijo, y con ellos solo comparo una circunstancia.

Lo cierto es que siento que nos han engañado. Nos hablaron de la mujer realizada, la mujer libre, la mujer capaz de tenerlo todo: trabajo, familia, éxito. Nosotras mismas lo exigimos. Y lo conseguimos. Pero nadie nos advirtió de que esa conquista traería una carga doble, incluso triple.

La conciliación familiar es la gran mentira de esta sociedad. Si hubieran sido los hombres los que hubieran parido y, después de siglos cuidando de la casa y los hijos, hubieran salido y se hubieran incorporado al mundo laboral... las políticas de conciliación familiar serían muy diferentes a las que tenemos hoy día.

Pero, evidentemente, no eludo mi parte de responsabilidad.

Yo decidí estudiar y trabajar.

Yo decidí tener una familia.

Yo decidí tener un hijo.

En definitiva, yo lo elegí todo.

Y hoy, si pudiera volver atrás y hablar con la Isabella de entonces, le diría:

«No lo hagas. No todo se puede. Elige una faceta y vívela al máximo».

Pero, como eso no ocurrió, aquí estoy. Atrapada en una realidad que no siento mía. Y lo peor no es el cansancio ni la rutina, ni siquiera el vacío. Lo peor es la culpa. Esa sí está siempre presente. Puedo estar agotada, desbordada, incluso muerta por dentro... y, aun así, la culpa sigue viva. Por no llegar a todo, por no ser suficiente, por no cumplir con las expectativas de nadie —ni siquiera con las mías—. La culpa nunca descansa.

Y si me detengo a pensar, si trato de responder a aquellas preguntas iniciales —¿por qué?, ¿desde cuándo?, ¿cómo comenzó?—, quizás la verdad sea que todo empezó muy despacio.

Tan lentamente que ni lo noté. Ni siquiera fue cuando fui madre.

Fue mucho antes. Fue el día en el que, sin darme cuenta, me convertí en... mamastra. Nunca me gustó la palabra madrastra, tiene una connotación negativa. Yo me convertí en una, pero en mi caso, como en otros similares, cuidaba de esos niños como una mamá, con amor, cariño y educando cuando era necesario; todo esto es lo que hace una madre, pero yo no era una madre, a pesar de que mi figura englobaba ese concepto, por ello, se me ocurrió que podrían llamarme mamastra, una mezcla de madrastra con una connotación positiva. Desde entonces, siempre hablo de mamastras y papastros.

Capítulo I

Cuando todo brillaba

Hubo una época en la que mi nombre me sonaba a fuerza. Isabella. Como algo que no pasaba desapercibido.

Tenía veintiocho años, delgada, no muy alta, pero con un alma enorme. Vivía con prisa, pero no con ansiedad —qué maravilla... si me detengo a pensarlo, me invade una sensación agradable—. Amaba las tardes largas, los cafés eternos con amigas, los planes espontáneos que terminaban en conversaciones en una terraza, riéndonos como si nada doliera. Porque, en realidad, en ese momento... nada dolía.

Acababa de ser admitida en la Facultad de Empresariales. Sí, lo sé: puede parecer algo tarde para empezar una carrera, o eso era lo que muchos pensaban (aunque no todos se atrevían a decírmelo). Pero yo siempre quise estudiar esa carrera. Por motivos personales —o, más bien, familiares— no tuve la oportunidad de hacerlo en mi ciudad natal en el momento en el que se supone que correspondía; por ello, no me quedó más remedio que elegir otro camino. Así fue como terminé estudiando Filología Hispánica. Cinco años de mi vida dedicados a los libros y, aunque disfruté mucho de aquellos estudios, mi verdadera vocación era otra.

A pesar del golpe que supuso tener que elegir una carrera distinta a la que realmente soñaba —aquella que sentía como mi verdadera vocación—, nunca dejé de creer que,

tarde o temprano, llegaría el momento de estudiar aquello para lo que había nacido.

Cuando terminé mis estudios universitarios en Filología, no sabía qué hacer. Seguir estudiando para ser profesora era una opción, sí, pero lo cierto es que no me veía enseñando a otros cómo alcanzar sus sueños, cuando yo aún no había alcanzado el mío. Sentía que algo dentro de mí estaba incompleto, como si hubiera seguido un camino prestado, correcto, pero ajeno. La idea de acompañar a otros en sus búsquedas me parecía noble, pero no auténtica si no pasaba antes por alcanzar mis propias metas o, mejor dicho, mi propio sueño.

Fueron tiempos de pausa y de preguntas sin respuestas inmediatas. Un momento de vida en el que el futuro parecía estar en blanco, abierto a lo que pudiera aparecer. No había un plan concreto, solo el deseo persistente de encontrar algo que me encendiera por dentro. Ese espacio de incertidumbre, aunque incómodo, también permitía observar con más claridad lo que en realidad quería —y lo que no—. Y, en medio de esa neblina de dudas, comenzaron a emerger posibilidades que antes ni siquiera había considerado.

Por aquel entonces, mi pareja, Alejandro —quien había sido mi compañero de vida desde los diecisiete años—, atravesaba una encrucijada similar. También acababa de finalizar una carrera universitaria que, aunque había cursado con dedicación y entrega, no despertaba en él la pasión que uno espera sentir por aquello a lo que quiere dedicar su vida. A pesar del orgullo que suponía haber culminado ese camino, ambos sentíamos que estábamos a punto de empezar de nuevo, como si lo recorrido hasta entonces solo hubiera sido una etapa preparatoria.

Nuestras conversaciones comenzaron a girar en torno a ese anhelo compartido de redirigir nuestros pasos. No teníamos respuestas claras, pero sí muchas preguntas sinceras. Y, en esa búsqueda mutua, descubrimos que teníamos

más que una historia juntos: teníamos una visión. Éramos un equipo sólido, de esos que se construyen a fuego lento, con confianza, respeto y sueños que se entrelazan. Jóvenes, sí, pero con una madurez nacida del haber caminado juntos por años. Nuestras ideas eran afines, nuestras aspiraciones se reflejaban una en la otra, y teníamos el coraje —aunque entonces aún no lo supiéramos del todo— para empezar desde cero, si era necesario. Lo que no teníamos claro en objetivos, lo compensábamos con una voluntad silenciosa pero firme: la de no conformarnos.

Tras un mes valorando distintas opciones, tomamos una decisión: presentarnos a las pruebas para entrar en el Ejército. Era un buen plan. Podíamos incorporarnos como soldados, y existía la posibilidad de que nos destinaran al mismo cuartel —aunque en unidades diferentes—, ya que se habían abierto varias plazas en el mismo destino. Todo dependía de nuestras calificaciones y del baremo que aportábamos gracias a nuestros estudios universitarios. Estábamos convencidos de que, si hacíamos bien las pruebas, conseguiríamos la plaza que tanto deseábamos.

El plan, en apariencia, era claro y ambicioso: una vez dentro, haríamos carrera militar y, aprovechando nuestra formación universitaria, aspiraríamos a escalar hasta los rangos más altos posibles. Todo parecía encajar. Habíamos investigado, trazado estrategias, valorado opciones, y lo que hasta hacía poco eran solo ideas dispersas empezaba a convertirse en un proyecto concreto. Con determinación nos preparamos para las exigentes pruebas de ingreso, y ambos logramos superarlas con éxito. La puntuación obtenida nos permitió, además, elegir el destino que queríamos, algo que no todos podían permitirse. Fue un momento de celebración contenida, de sentir que, por fin, algo se alineaba con esa voluntad profunda de construir un futuro propio. Nuestro «plan perfecto» comenzaba a tomar forma y, por un instante, el camino pareció despejarse frente a nosotros.

Pero en esta vida todo tiene un precio, y el nuestro no tardó en llegar. La primera gran renuncia fue la cercanía del hogar. Para iniciar la instrucción, debíamos trasladarnos a un cuartel situado a más de mil kilómetros de nuestras casas.

Aún recuerdo el torbellino de emociones que sentí al subir a aquel autobús que, junto con otros compañeros, nos llevaría al otro extremo del país. Íbamos rumbo a un mundo que, aunque no completamente desconocido para nosotros —ambos éramos hijos de la Armada Española—, sí era muy distinto del que veníamos: el mundo militar poco tiene que ver con la universidad.

Nuestra suerte fue estar juntos, en lo bueno y en lo malo. Y aunque ya llevábamos nueve años de noviazgo, allí no éramos pareja: éramos compañeros. Supimos jugar nuestro papel tan bien que, cuando finalizó la instrucción, recuerdo que el mismo día de la jura de bandera, nuestro brigada se enteró —por pura casualidad— de que éramos pareja desde hacía años. Se sorprendió tanto que fueron nuestras propias familias, allí presentes celebrando el acto, quienes tuvieron que confirmarlo.

No sé muy bien por qué, pero me siento profundamente orgullosa de aquello. Porque, aunque fuimos el apoyo mutuo, aunque nos sostuvimos en los momentos duros y celebramos los buenos, nunca permitimos que eso nos debilitara. Sabíamos que teníamos que ser personas independientes, capaces de sobrevivir por nuestros propios medios. No podíamos dejar entrever que no solo nos preocupábamos por nosotros mismos, sino también el uno por el otro. En un entorno como aquel, mostrar ese vínculo podía ser interpretado como una debilidad, una grieta por la que los mandos podrían presionarnos, jugar con nuestra mente... y con nuestras fuerzas.

Fueron cuatro meses de adaptación intensa, tanto física como emocional. Cuatro meses de horarios implacables,

disciplina férrea, madrugadas heladas y días que parecían no tener fin. El entorno era hostil, no solo por el rigor de la formación, sino por la distancia, por esa sensación de estar arrancados de lo familiar y colocados en una realidad completamente nueva. Y aunque cada día suponía un desafío, también era una oportunidad para descubrir hasta dónde podíamos llegar, para forjar vínculos con quienes compartían la misma lucha y para encontrar, en medio del cansancio y la incertidumbre, una fuerza que no sabíamos que teníamos.

A mí siempre me tocaba en la última fila, en el extremo izquierdo del pelotón, ya que, por estatura, era de las más bajitas. Recuerdo aquellas mañanas en el patio de armas, en formación, esperando el izado de bandera. Era un espacio abierto, y el frío se metía en los huesos. No podías moverte ni un centímetro. Deseaba que dieran la orden de «firmes», porque, paradójicamente, la posición de descanso me resultaba mucho más agotadora.

Cada mañana pasaban revista. Luego venían las clases teóricas: aprendíamos sobre las divisas militares, las partes de un barco o incluso mecanografía, con unas máquinas tan antiguas que, si hoy las pusieran en un museo, seguro las tratarían como reliquias.

La instrucción era diaria: lloviera, hiciera sol o soplaría un viento huracanado. Y siempre con el CETME —no me preguntéis el modelo—, pero a pesar de ello lo tengo grabado en la memoria; pudiendo dibujar cada parte de él. No sé exactamente cuánto pesaba, pero te juro que aún siento en los brazos el esfuerzo que suponía sostenerlo, sobre todo cuando tenías que estar en posición de firmes y sostenerlo con solo dos dedos.

A pesar de todo esto, no todo fue malo. Hubo muchas cosas buenas. Aprendí muchísimo. Y, sobre todo, cuando juras bandera... ese momento lo cambia todo.

Es un sentimiento profundo, algo que en otros países se

vive con total naturalidad: están orgullosos de su bandera, de sus colores, de servir a su país. Aquí, por desgracia, y por la historia que arrastramos, todo eso está manchado por el reproche, por el miedo al qué dirán, por la sospecha de facha o extremismo.

Pero yo no lo veo así. Amar a tu país, a tu gente, y servirles con orgullo debería ser siempre un motivo de honor, no de vergüenza. Y yo, así lo siento. Llevándolo conmigo con orgullo, muy dentro, desde entonces.

Tras el periodo de instrucción militar, al fin nos tocó llegar a nuestro destino definitivo. Y fue ahí, cuando dejé atrás esa etapa inicial, que comencé a descubrir de verdad los rincones más oscuros y menos visibles del Ejército español. No era solo el desgaste físico o la disciplina férrea, sino algo mucho más profundo y doloroso: una situación de acoso laboral que tuve que soportar día tras día. Lo más sorprendente y, sin duda, lo que más me afectó, fue que este acoso no venía de un oficial ni de un compañero cualquiera, sino de otra mujer. No sabría decir muy bien el porqué, en realidad siempre he pensado que se debía a que yo era la nueva, una chica joven, con formación universitaria, y con buen estado físico. Para colmo, por mi especialidad —administrativo— solía estar en oficinas más que en cubierta o haciendo trabajos físicos. Quizás fue esa combinación de factores lo que creó el cóctel perfecto para que ella simplemente no pudiera ni verme ni aceptarme, y comenzara así un calvario que me marcó de una manera más profunda de lo que yo misma hubiera imaginado.

Como ella tenía un rango superior al mío, aprovechaba cada oportunidad que tenía para dirigirse a mí de manera hostil. No dudaba en hablarme con malos modos, elevando la voz y gritándome sin motivo aparente, como si eso fuera la forma natural de comunicarse conmigo. Además, no dejaba pasar ninguna ocasión para asignarme cualquier tarea física que se le ocurriera, sin importar lo absurdo o fuera de lugar

que estuviera. Estas órdenes a menudo carecían de sentido o relevancia para mis funciones, pero eso no parecía importarle en absoluto. Al principio, intenté convencerme a mí misma de que todo aquello era algo pasajero, una situación que con el tiempo se disiparía. Creí que, conforme nos fuéramos conociendo, esa tensión disminuiría y las cosas mejorarían. Sin embargo, pronto me di cuenta de que no sería así.

Al contrario de lo que había pensado de manera ingenua, aquella situación se mantuvo, e incluso se fue intensificando, hasta convertirse en un peso constante que me acompañaba día tras día. Cada día estaba más encima de mí. Llegó un punto en el que para mí acudir al trabajo era un peso enorme, llegando a tornarse en un sentimiento de miedo. Desde que me levantaba, en lugar de pensar en mi jornada o en lo que tenía que hacer, solo tenía una preocupación en la cabeza: cómo evitar encontrarme con ella. Cómo esquivarla. Cómo sobrevivir un día más.

Mirando hacia atrás, me duele no haber sabido gestionar aquella situación de otro modo. Pero creo que ese es el sentimiento que arrastran muchas personas que han sufrido acoso o *bullying*: el peso de la culpa lo lleva quien lo sufre, no quien lo infinge. Uno llega a preguntarse si ha hecho algo para merecerlo, si ha provocado, de alguna manera, esa violencia. Pero no.

La responsabilidad es de quien decide maltratar, de quien convierte el miedo en su forma de relacionarse, de quien no sabe gestionar sus emociones y canaliza su frustración dañando al otro. Porque si realmente yo hubiera hecho algo mal, una buena profesional, una persona con principios, habría venido a hablar conmigo. Habríamos puesto las cartas sobre la mesa, y yo, como subordinada, habría asumido mi parte. Pero no fue así. Y con el paso del tiempo entendí que no estaba ante una buena profesional, sino ante una persona profundamente insegura, con serios problemas de autoestima.

Quizás, lo más doloroso de todo aquello fue no sentirme respaldada por nuestros superiores. Todos sabían lo que ocurría. Conocían de sobra las formas y el comportamiento que aquella cabra segunda tenía hacia mi persona. Y, sin embargo, nadie fue capaz de intervenir. Por mi parte, también cometí un error: me dejé llevar por la vergüenza y no supe pedir ayuda ni solicitar formalmente que alguien hablara con ella para frenar la situación.

Aun así, hubo una excepción que siempre recordaré: un cabro mayor que, en un par de ocasiones, sí dio la cara por mí. Me defendió, me arropó. Le estaré eternamente agradecida. En aquel momento, su apoyo fue como un salvavidas en medio del océano. Porque, a veces, un solo gesto de humanidad basta para no dejarte hundir del todo.

Quizás ese fue, en el fondo, el verdadero motivo de mi salida del Ejército. Era septiembre de un año que el tiempo ha dejado muy atrás. Mi contrato llegaba a su fin y debía decidir si renovarlo o no. Tenía que decidir si renovaría mi compromiso y continuaría en un entorno que, aunque me había formado y enseñado mucho, también me había marcado con experiencias difíciles y dolorosas. Sabía que quedarme significaba profundizar en una vida que exigía entrega total, pero también renunciar, quizás para siempre, a otros aspectos de mí que habían quedado en pausa. Así que, con dudas, pero también con una necesidad urgente de reencontrarme, me tocaba decidir.

Durante los dos años que estuve destinada allí, seguí formándome. Por las mañanas trabajaba, hasta aproximadamente las tres y media de la tarde. Luego, si el tiempo me lo permitía, comía algo rápido y salía corriendo a la facultad, donde cursaba un máster. Al día siguiente, a las seis de la mañana, volvía a sonar el despertador... y vuelta a empezar.

A pesar del agotamiento y de las dificultades que enfrentaba, nunca permití que el cansancio me derrotara ni que la frustración me detuviera. Cada año, con paciencia y

determinación, presentaba mi solicitud para ingresar en la Facultad de Empresariales, aun cuando sabía que la nota de corte era altísima y que obtener una plaza resultaba casi una misión imposible. Sin embargo, mi perseverancia comenzó a dar frutos: justo ese año logré avanzar hasta la última fase de la última convocatoria, una meta que hasta entonces parecía inalcanzable.

Y ahí fue cuando me encontré frente a una decisión difícil. Una auténtica decisión de vida.

Por un lado, con veintiocho años y dos en el Ejército, ya tenía una trayectoria: un camino recorrido y un empleo que me ofrecía estabilidad. Al terminar el máster, debía comenzar la academia para prepararme la oposición, ascender y convertirme en militar de carrera.

Por otro lado, la opción alternativa era no renovar mi contrato con Defensa, mudarme a otra ciudad y comenzar desde cero los estudios que siempre había querido hacer. Mi pareja de entonces —el mismo que había sido mi compañero de vida desde los diecisiete— se quedaba en nuestra ciudad y continuaba en el Ejército. Pero él siempre apoyó mi sueño.

Llegaba otro momento complicado, el de hablar con mis padres. Tenía algunos ahorros, pero no eran suficientes para mantenerme un año entero en otra ciudad, pagando vivienda, comida y matrícula. Necesitaría algo de ayuda hasta que me estabilizara y encontrara un trabajo, así que su opinión también contaba.

Tras hablar con ellos y plantearles la situación, mis padres me apoyaron. Me dijeron que, si eso era lo que yo realmente quería, me ayudarían. Nunca lo hemos hablado abiertamente, pero siempre he creído que, en parte, se sentían responsables por no haberme respaldado lo suficiente en su momento, cuando quise estudiar lo que de verdad me apasionaba. Y esta vez no iban a permitirse cometer el mismo error.

Ahora la decisión era toda mía. Me tocó, con veintiocho años, tomar una decisión en mi vida que, sin yo saberlo, cambiaría mi destino para siempre.

Ya estábamos a mitad de septiembre y durante más de un mes —pues mi contrato no finalizaba hasta final de octubre— tuve que compaginar el trabajo como militar, el máster y los preparativos para incorporarme a mi nueva vida y a mis nuevos estudios.

Cuando una se siente joven y tiene ilusión, es imparable. Y así me sentía yo: capaz de todo. Algunos días llegaba a hacer casi seiscientos kilómetros entre ida y vuelta para asistir a clases y, al mismo tiempo, buscar un lugar donde quedarme. Tenía que encontrar piso, residencia o una habitación en la que pudiera vivir el resto del año.

La verdad es que al principio no fue fácil. Entré en la última convocatoria del curso, casi a mediados de septiembre, cuando la mayoría de los estudiantes ya lo tenía todo organizado: los pisos alquilados, los grupos cerrados, y casi ningún sitio donde buscaran a alguien más.

Al final, tuve que optar por una residencia de estudiantes, donde compartiría habitación con otra chica.

Si bien es cierto que me sentía capaz de todo, siendo fiel a la verdad, debo reconocer que no fue sencillo encajar en un ambiente de dieciocho años cuando yo tenía diez años más.

Aunque nunca he aparentado la edad que tengo —y físicamente nadie imaginaba cuántos años tenía en realidad—, bastaba con que abriera la boca para que mi experiencia me delatara.

Aun así, con el tiempo, acabas adaptándote. No sucede de un día para otro, ni sin altibajos, pero poco a poco aprendes a moverte en un entorno nuevo, a aceptar lo que viene y a enfocarte en lo que de verdad es importante. Y cuando tienes claro tu objetivo, todo lo demás se vuelve secundario. Las dudas, los miedos, incluso el cansancio... todo queda

en un segundo plano. Yo tenía el mío muy presente: cumplir un sueño. Y esa certeza fue mi ancla, mi motor silencioso cada mañana, incluso cuando todo parecía más difícil de lo esperado.

Viví en la residencia de estudiantes durante el primer año, sabiendo desde el principio que aquello era algo temporal. Lo supe desde el primer día que crucé la puerta de aquella habitación pequeña pero luminosa, que no era un hogar, sino una estación de paso. Había dos razones principales por las que tenía claro que sería solo una etapa: la primera, el hecho de convivir las veinticuatro horas con un ambiente universitario que, por mi edad y por todo lo que ya había vivido, sentía que no encajaba del todo conmigo. A veces me sentía como una espectadora silenciosa de una obra en la que ya no tenía papel. La segunda razón era mucho más práctica, pero no menos determinante: el aspecto económico. Vivir en la residencia resultaba considerablemente más caro que compartir un piso, y yo tenía muy presente que cada euro contaba. Estudiar era una apuesta personal, pero también un esfuerzo financiero que exigía decisiones sensatas y sostenibles.

De ese año en la residencia me llevé una sola cosa, pero la más valiosa de todas: conocí a la persona que se convertiría en mi hermana para toda la vida, mi mejor amiga, África.

Nunca imaginé que aquella chica —un par de años mayor que el resto de los estudiantes, pero aun así mucho más joven que yo—, que cuando me la presentaron me miró como si fuera un bicho raro, acabaría convirtiéndose en alguien tan importante en mi vida. Ella se convirtió en refugio, en compañía constante, en risa compartida y hombre disponible. Y aunque el tiempo nos fue llevando por caminos diferentes, aquella amistad se arraigó tan profundamente que hoy, tantos años después, sigue siendo uno de los pilares más sólidos de mi vida.

Ese primer año fue intenso, lleno de cambios... y con

un «casamiento de por medio». A mediados de curso, mi novio se presentó a las pruebas para continuar su carrera militar, lo que implicaba que al año siguiente tendría que regresar a la academia militar. Esta vez, sin mí, ya que nos separarían ochocientos kilómetros de distancia.

Por una cuestión de logística, decidimos hacernos pareja de hecho. De este modo, él podría pernoctar fuera del cuartel, incluso los fines de semana, y no tendría que pasar dos años de instrucción viviendo dentro de la academia. Al estar reconocidos de manera legal como pareja de hecho, tendría derecho a salir cada tarde para dormir en un piso que había alquilado y disfrutar los fines de semana en casa, en lugar de permanecer encerrado en el cuartel.

De todos modos, llevábamos más de diez años juntos y tanto nosotros como quienes nos rodeaban sabíamos que, tarde o temprano, llegaría el momento de formalizar aún más nuestra relación.

Siendo honesta conmigo misma, la verdad es que me dolía un poco que el hecho de formalizar nuestra situación fuera más por una cuestión de practicidad para él que por amor. Quiero decir, fui la primera en aceptar esa lógica, y en cierto modo me parecía razonable. Pero, por otro lado, me hubiera gustado que, ya que «teníamos» que hacerlo, él pusiera un poco de romanticismo o algo de ilusión.

Prácticamente tuve que pedirle que, al menos, me comprara una alianza. Y si bien lo hizo, fue solo para mí: él no quiso comprarse una ni llevarla. Sé que puede parecer una tontería —al fin y al cabo, es solo un objeto, algo material—, y que lo importante está en otras cosas. Pero a todos nos gusta sentirnos valorados y amados. No quiero decir con esto que no me sintiera amada, pero sí sentía que él daba por sentada nuestra relación, que estaba tan seguro de que nada cambiaría que no supo darle importancia a ciertos detalles que, aunque para él no significaran nada, para mí sí lo hacían.

No necesitaba una boda ni una pedida de mano, ni siquiera una celebración o una comida especial. Pero me habría gustado, por lo menos, ese pequeño gesto: que ambos lleváramos nuestras alianzas, o que él tuviera algún detalle conmigo. Sin embargo, no fue así.

Y, de manera firme, creo que, cuando la vida empieza a darte estas pequeñas señales, es porque «ahí no es». Son avisos sutiles de que eso que estás viviendo es solo una parte de tu camino, pero no será tu destino final. No será para siempre.

No quiero ser injusta con él, porque debo reconocer que siempre me sentí muy amada y respetada por su parte. Sin embargo, el amor que él me daba era el que él necesitaba dar, no necesariamente el que yo necesitaba recibir. Aun así, yo lo asumía, lo aceptaba, y tampoco le daba la importancia que, con el tiempo, descubrí que sí tenía.

De cualquier modo, tras esto no cambió nada, salvo el hecho de que yo ahora llevaba una alianza en el dedo. Por lo demás, todo seguía igual: él continuaba con sus preparativos para ingresar al siguiente curso en el cuartel de instrucción, y yo seguía estudiando y adaptándome a mi nueva vida como estudiante.